

Reseña del libro de Diego Escolar. *Dones étnicos de la Nación. Identidades huarpe y modos de producción de soberanía en Argentina*. Prometeo, Buenos Aires, 2007.

Lucrecia Soledad Wagner

Unidad de Historia Ambiental y Sociedad- IANIGLA,
Centro Científico Tecnológico CONICET-Mendoza;
Depto. de Ciencias Ambientales, Facultad de Ciencias
Humanas-UNICEN.

El cautivante abordaje de Diego Escolar sobre el surgimiento de las identificaciones huarpe en Cuyo se despliega desde una original mirada que inserta este proceso en contextos culturales, históricos y políticos más amplios. A partir del establecimiento de la relación entre subjetividad, Estado, nación y memoria, el autor coloca frente al lector la paradoja esencial de su investigación: la presencia/emergencia en las dos últimas décadas de indígenas huarpes considerados extintos. En el devenir de la obra, Escolar muestra cómo, a pesar de que desde las construcciones provinciales/regionales hegemónicas, los huarpes fueron sacralizados desde un histórico y activo consenso social que los consideró desaparecidos por extinción, aculturación y miscigenación biológica -denegándoles cualquier posibilidad de existencia empírica en el presente-, en los años '90, grupos rurales y urbanos promovieron el reconocimiento de sus identificaciones étnicas definiendo su identidad y generando demandas en relación a su continuidad y adscripción a poblaciones aborígenes del pasado. Las memorias, prácticas y tradiciones huarpe que dieron lugar a este proceso de emergencia indígena en Cuyo, a partir de la cual se configuraron demandas y conflictos, son vinculadas con transformaciones críticas en los “modos de producción” de soberanía estatal, en el marco de disputas de hegemonía. A ello, Escolar agrega otro condimento esencial para la comprensión de la etnogénesis huarpe: la producción historiográfica y etnográfica que configuró una región cuyana “libre de indios” -lo que el autor llama criteriosamente, una “conveniente escritura de silencio”-, mientras, paradójicamente, la literatura rescataba resabios de identidad aborígen y paisajes culturales huarpes.

En el primer capítulo “**Arqueólogos y brujos: ciencia, cultura e imaginación histórica**”, Escolar nos traslada a la zona de frontera argentino-chilena del sur de San Juan y norte de Mendoza, para sumergirnos en el mundo poco explorado de baqueanos y arrieros. A partir de un exhaustivo trabajo de campo, el autor da cuenta de diversos testimonios de la continuidad entre las prácticas y lugares de estos misteriosos pobladores de la frontera con los de “los antiguos”, plasmada en la familiaridad de usos y rutas, así como también en el contacto con restos arqueológicos y su reapropiación. Escolar complementa estos testimonios con el análisis de las contradicciones del discurso arqueológico “oficial”, para dar luz a las idas y vueltas –de las que emergen puntos en común- entre las afirmaciones de reconocidos arqueólogos y las representaciones de los pobladores locales. Para estos últimos, los restos arqueológicos -momias o vestigios materiales- se transforman en un vínculo con sus antecesores indígenas y una posibilidad de diálogo con sus símbolos y poderes, impactando directamente en sus identificaciones. Contrariamente, los arqueólogos han realizado una taxativa distinción entre poblaciones indígenas del pasado pre-hispánico y los pobladores que convivieron –y guiaron- sus investigaciones *in situ*, a pesar de que, paradójicamente, registraron la continuidad en el uso y significación de ciertos espacios y sentidos rituales, contribuyendo, de esta forma, a la producción de discursos y usos del pasado que habilitan la emergencia de identificaciones aborígenes.

Escolar no deja pasar la posibilidad de sumergirnos en los fenómenos sobrenaturales que envuelven la zona de estudio, y que constituyen otro factor asociado a lo indígena. A través de numerosos relatos de personas adscriptas como indios, brujos y con capacidades sobrenaturales adquiridas mediante el contacto con ancestros indígenas, el autor da cuenta de la interpretación de la conexión con almas del pasado o de las apariciones como mandato político, vinculado a la defensa de territorios ante el avance de “externos”, a la protección del patrimonio amenazado por la expoliación o a la necesidad de asunción de una identificación aborígena, contribuyendo así a la legitimación del ser indígena.

A continuación, el análisis toma forma en “**El cuerpo huarpe**”, donde Escolar expone las marcas racializadas que tanto intelectuales como pobladores locales y, entre ellos, los autoadscriptos

como huarpes, proyectan como fenotipos indígenas. Se presenta aquí otra paradoja: mientras los rasgos fenotípicos son postulados como evidencia natural, las representaciones y los discursos fenotípicos son sumamente ambiguos, existiendo contradicciones y vaguedades en las clasificaciones, dando lugar a definiciones arbitrarias que en algunos casos chocan con la adscripción de los propios clasificados. Escolar prueba que en las concepciones de raza también opera un conjunto de manifestaciones observables no necesariamente biológicas -inserción social, condición etaria y prácticas culturales- pero que son asociadas o imaginadas eventualmente como marcas corporales, constituyendo “fenomitos” que representan procesos de cambio y conflicto social. Otras prácticas se incluyen en esta categoría: el tipo de alimentación –cultivos propios-, curación con hierbas, adivinación, y los ya destacados fenómenos sobrenaturales. En este sentido, el debate presente entre la población local gira entre la percepción de la inconveniencia de portar estos rasgos o la racialización positiva, es decir, la autoafirmación huarpe.

La obra no se circunscribe a las percepciones de la población autoadscripta como huarpe o indígena, sino que destaca el diálogo de éstas con las de otros actores, entre ellos, los intelectuales. El interés de estos últimos por circunscribir las características raciales huarpes coincidió con la mayor visibilidad de los pobladores rurales en la década de 1920 a partir de movimientos populistas de izquierda en San Juan y Mendoza. Posteriormente, el desecamiento de las Lagunas de Guanacache a fines de 1930 contribuyó a una fuerte incorporación estatal de recursos y poblaciones de la zona. Los reclamos al gobierno, la emigración del área por falta de agua y pasturas, y los conflictos por sus tierras, constituyen hitos traumáticos que perduran en la memoria colectiva de los laguneros, que vinculan estos procesos con la pérdida de autonomía y con el disciplinamiento estatal.

En “**Mitologías de mestizaje y provincialidad**”, Diego Escolar destaca que, a diferencia de los defensores de una ascendencia provincial hispánica y la desaparición de los huarpes por mestización, quienes se adscriben como indígenas evocan los linajes matrilocales como estructura de reproducción y transmisión de la raza e identidad huarpe: una “matria” aborígen versus padres de la patria representantes de la historia estatal. El autor analiza la proyección histórica de imaginarios de parentesco vinculados a la construcción y reproducción de sentidos

harpes o indígenas, sugiriendo la relación existente entre la etnogénesis huarpe moderna y la producción de comunidades imaginadas en la región. Estas comunidades son sustentadas por ancestros míticos, reivindicados como heroínas y héroes populares harpes y campesinos, portadores de un espíritu combativo que legitima y se continúa en la lucha de los laguneros por la defensa del territorio.

El referente identitario asociado a las lagunas y su gente es profundizado en el Capítulo 4, **“Memorias territoriales y aboriginalidad en Cuyo”**, y se enmarca en el fenómeno migratorio producido por el desecamiento de las Lagunas en 1930, por lo que, a su vez, las argumentaciones históricas de la condición indígena giran en torno a la pérdida o defensa del acceso a la tierra, el agua y otros recursos. Coincidentemente, los adscriptos urbanos también hacen referencia a la emigración y proletarización, así como a la fractura del modo de vida campesino, enfatizando nuevamente el carácter traumático de los hechos recordados. Lo huarpe también se asocia a condiciones de marginalidad, resistencia al Estado, clandestinidad, bandolerismo y furtivismo, fortaleciendo así el vínculo con las prácticas de arrieros y baqueanos, que convierten a la cordillera de Los Andes en un espacio de “último refugio” y lugar de indios, y a estos actores en recursos culturales devenidos en amenaza a la soberanía estatal.

Como es analizado en el capítulo siguiente, las luchas montoneras que acuciaron la región cuyana fueron también disputas por soberanía, agudizadas en la época independiente, en la que los Estados provinciales presentaron una debilidad endémica de control sobre territorios y poblaciones. El título **“La letra con sangre entra”** resume el papel jugado por intelectuales locales para legitimar, mediante la producción de modos de percepción, clasificaciones sociales y culturales, el disciplinamiento del espacio social ocupado por grupos subalternos. En este tema Sarmiento adquiere un rol protagónico, por lo que Escolar desentraña sus libros para extraer de ellos configuraciones de personas y prácticas culturales sindicadas como indígenas y harpes que posteriormente encarnarán, en palabras del autor, el poder material y territorial de la barbarie. Esta especificidad indígena será utilizada por Sarmiento para justificar el terror y la represión como condición de gobernabilidad, haciendo referencia al ancestral odio indígena hacia la población blanca producto de las injusticias sufridas desde la colonización. Acorde con ello, en la

memoria de los laguneros está presente el carácter de sus ascendientes como víctimas de asesinatos, levas y expulsiones territoriales, especialmente durante las guerras civiles por la formación y consolidación del Estado nacional. La defensa de la tierra y las demandas llevadas a cabo ante los gobiernos provinciales denunciando la presión de los terratenientes quedaron plasmadas en documentos archivados por los autoadscriptos huarpes. En estas reivindicaciones de derechos queda de manifiesto que los naturales o indios laguneros no eran considerados capaces de velar por sus derechos, por lo que necesitaban un representante, que ni siquiera podía ser su autoridad civil. Las expediciones militares enviadas por los gobiernos de Mendoza y San Juan a “pacificar” las Lagunas devinieron en fusilamientos, amedrentamiento a la población y traslado de personas, basados en intereses personales de los gobernantes, denunciados incluso por el comandante de tropa al gobierno nacional. Similar estrategia estatal muestra el destino sufrido por el caudillo Chacho Peñaloza y su ejército, que fue despojado por Sarmiento del carácter de enemigo político para legitimar su asesinato sin juicio previo.

La época posterior, a fines del siglo XIX, en la que el crecimiento de la industria vitivinícola en Cuyo requirió mano de obra que fue obtenida de la población rural subalterna, es abordada en **“Tierra de huarpes: seducción y fantasmagoría del sujeto popular en la antesala del Estado de Bienestar”**. La conformación del proletariado rural fue el corolario de la derrota de la insurgencia montonera y otras resistencias. Los duraderos efectos del terror del disciplinamiento militar fueron claves para mantener en los devenidos “trabajadores” formas de coerción extraeconómica. En las primeras décadas del siglo XX, esta coerción será remplazada, de la mano de gobiernos populistas, por un nuevo “modo de producción” de soberanía: la “seducción estatal”, en la que los sectores subalternos alcanzaron el grado de ciudadanos mediante la incorporación al mercado de trabajo, y el Estado adquirió un rol tutelar sobre el bienestar y la seguridad social y económica. Este advenimiento del Estado de Bienestar coincide con el de máxima invisibilización del imaginario huarpe como categoría efectiva de adscripción, seguida de una producción etnológica académica que oficializó científicamente la extinción, en plena época de la hegemonía conservadora que arremetió posteriormente a los años populistas en Mendoza y San Juan.

En el capítulo final **“El Estado de Malestar: movimientos indígenas y procesos de desincorporación en la Argentina”**, el vínculo entre representaciones del Estado, soberanía, ciudadanía y subjetividad colectiva es actualizado mediante la relación entre la emergencia de identificaciones indígenas durante los años '90 y la crisis del Estado de Bienestar seguida de reformas neoliberales. El nuevo impulso en la expropiación de recursos de uso tradicional y la sensación de vacío de ciudadanía producida por la retirada del Estado dador y protector caracterizaron la última década del siglo XX. Escolar analiza este proceso enfatizando la interlocución entre las demandas indígenas y el Estado, destacando que las comunidades huarpes y las instituciones políticas y jurídicas a través de las que se canalizaron sus demandas se performaron mutuamente. Uno de los aspectos centrales del análisis es la puesta en evidencia de la paradoja representada por las “pruebas de autenticidad” a las que son sometidos los adscriptos indígenas para ser reconocidos como comunidad. El autor realiza una detallada descripción de los recursos utilizados por la novedosa militancia huarpe, destacando la existencia de experiencias previas en este sentido y de las memorias que las nutrieron, así como también el combate que llevó adelante el campo académico, especialmente sanjuanino, como deslegitimador de estas demandas que ponían en riesgo a la comunidad imaginada provincial -que postula un supuesto origen europeo-.

En conclusión, el libro de Diego Escolar hace eje en la relación entre las emergencias huarpes y el rol del Estado nacional/provincial como “antagonista significativo y constitutivo” en los discursos que articulan una subjetividad indígena. Además, en su análisis se destaca que la falta de registro de identificaciones huarpes en ciertos períodos no implica su inexistencia -ya que éstas han mantenido una fuerte vigencia en grupos concretos- sino que justamente el silenciamiento de adscripciones puede constituir una estrategia de resistencia ante las políticas de sometimiento y cooptación. Ello permite colocar en el centro del debate las relaciones de poder y las políticas de dominación estatal implícitas en estos procesos, y fundamentadas en la coincidencia de los periodos de ausencia de voces subalternas o auto-identificaciones indígenas con los de mayor violencia política y disciplinamiento social. La disputa de hegemonía en torno a las identificaciones indígenas es inteligentemente realizada para demostrar que no hay un único

argumento que valide o impugne la legitimidad de la afirmación de una pertenencia étnica, permitiéndonos comprender cómo determinados actores pueden restituir un “vínculo de continuidad vivido como primordial” con grupos que los consensos hegemónicos plantean como extinguidos.

Otros tópicos que Escolar toma en su libro pueden constituir un abono sustancioso para analizar y repensar conflictos históricos y actuales. Por un lado, el análisis de formas no visibilizadas de lo que, como el mismo autor destaca, hoy consideraríamos terrorismo de Estado y criminalización de grupos subalternos, que fueron llevadas adelante por actores representados en el imaginario nacional como padres de la patria. El borroso límite entre el rol de los intelectuales y los intereses políticos, situando a la ciencia como “marca de autoridad inapelable” para legitimar determinadas políticas, es otro tema que cobra relevancia a la luz de diversas problemáticas actuales.

En relación a lo anterior, este libro constituye una vasta contribución a las investigaciones sobre el vínculo entre las luchas por la hegemonía y la constitución de los imaginarios provinciales y nacionales -la distribución de los huarpes coincide con el imaginario territorial cuyano, reproduciendo, en palabras del autor, la división entre los oasis centrales, motores del poder civilizatorio, y el territorio periférico de las llanuras áridas, como ámbito tradicional de la barbarie y epicentro de insurrecciones-. Sumado a ello, y a la luz de los conflictos en torno a los recursos naturales que han cobrado visibilidad especialmente en la última década, es imprescindible destacar el aporte de Diego Escolar a la profundización del análisis de las relaciones entre etnogénesis, memorias de pérdida de acceso a los recursos naturales, luchas por su apropiación y disputas de soberanía.